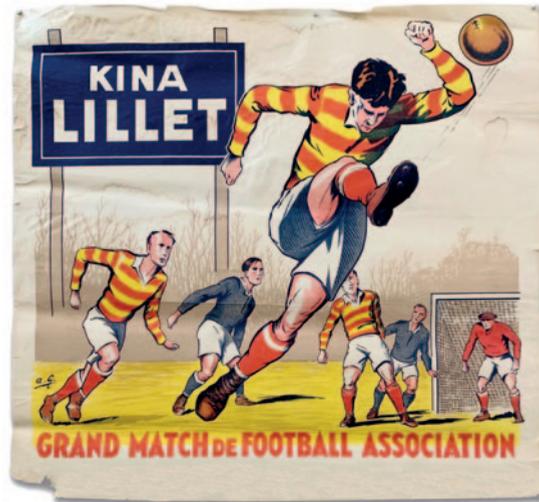


# Renglones Deportivos



Primera edición en REINO DE CORDELIA, noviembre de 2022

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodecordelia.es](http://www.reinodecordelia.es)

  @reinodecordelia  [facebook.com/reinodecordelia](https://facebook.com/reinodecordelia)

 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques  
 y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© José Luis Garci, 2022

Cubierta: © Miguel Navia, 2022

IBIC: WSJA | Thema: SFB

ISBN: 978-84-19124-07-4

Depósito legal: M-27288-2022

*Edición gráfica:* Antonio Tiedra

*Créditos fotográficos:* © Agencia GTRES: págs. 39, 57, 66-67, 106-107, 119, 167, 170-171, 192, 207, 225, 246, 266-267; © Miguélez Team: págs. 62, 77; © Antonio Tiedra: págs. 84, 196; Archivo José Luis Garci y archivos Notorius Ediciones y Reino de Cordelia

*Diseño y maquetación:* Jesús Egado

*Corrección de pruebas:* María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# Renglones Deportivos

José Luis Garci



FRANCE



FFA

COUPE DU MONDE  
1938

© 1938 FFA

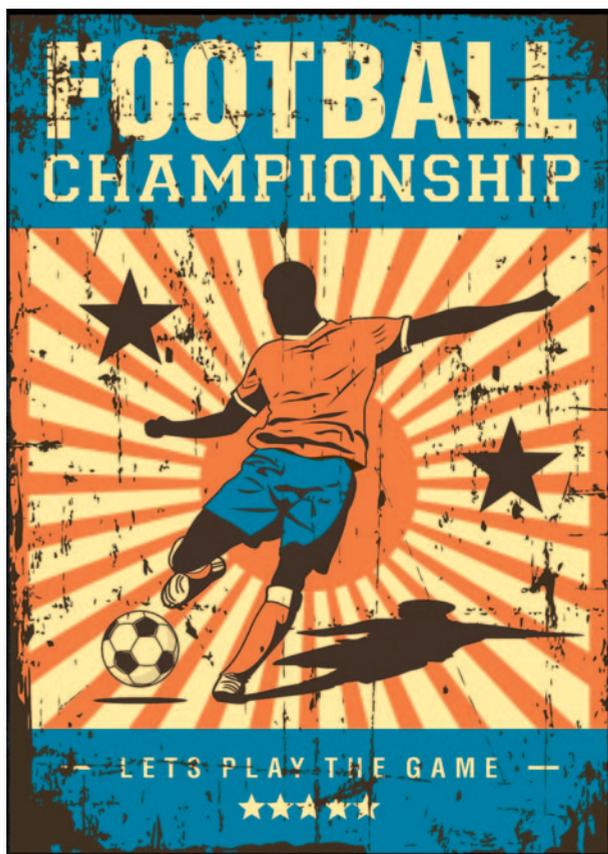
# Índice

<i>Pelota de trapo</i> (A modo de prólogo)	9
<b>SUECIA   EUROCOPA 1992</b>	<b>19</b>
Una estación llamada fútbol	21
Harpo <i>vs.</i> Bergman	25
Fútbol <i>light</i>	27
La leyenda de la banda izquierda	29
Teoría de la Creatividad	31
Un gol de campeonato	33
La primera final	35
Amanecer	37
Como siempre	41
Casta diva	43
Justicia en las áreas	45
<b>BARCELONA   OLIMPIADA 92</b>	<b>49</b>
Añoranza	51
Gigante	55
Miera	59
Superman II	63
Sensaciones	65
<i>On boxing</i>	69

Una tarde para la eternidad	73
Guerreando en paz	75
<b>INGLATERRA   EUROCOPA 1996</b>	<b>81</b>
<i>Rule Britannia?</i>	83
Umbral en camisa	87
Las minas del rey Salomón	91
Víctor, Victoria	95
Wembley es una fiesta	99
<i>Thank you, Spain</i>	103
Gol de oro	109
Fútbol «a ver qué pasa»	113
<i>Prosit!</i>	117
<b>FRANCIA   MUNDIAL 1998</b>	<b>121</b>
¡Qué grande es el fútbol!	123
<i>O rey Brasil</i>	125
«Matador» Salas	127
La gran esperanza negra	129
Relax	131
Piedras	133
Enamorarse	135
La final de los Cavia	137
Nadal y guardar la ropa	141
Sufrir y soñar	143
Tercer grado	145
Mi apuesta	147
Matthäus	149
«Hooligans»	151
« <i>Rien va plus!</i> »	153
« <i>Au revoir</i> »	155
El Mundial avanza	157
Empieza el baile	159

La guerra del Chaco	161
De otro mundo	163
Que pasen los dos	165
Retransmisión	169
Nirvana	173
Otra Generación Perdida	175
Libretas <i>vs.</i> vídeos	177
París era una fiesta	179
<b>COREA Y JAPÓN   MUNDIAL 2002</b>	<b>181</b>
Sin red	183
Televisores en el Serengueti	187
Infelices ilusiones	189
<i>Good vibrations</i>	193
Woody	197
Julián Marías	201
« <i>Ce n'est qu'un debut, continuez le combat!</i> »	205
Réquiem por Mike Tyson	209
Tokio, imperio de los signos	213
<i>Iker über alles</i>	217
Los de afuera son de palo	221
Teoría de la conspiración	223
Oro del Rin	227
Morir de fútbol	231
Nada nuevo sobre Brasil	233
El cielo no tiene favoritos	237
The End	241
<b>PORTUGAL   EUROCOPA 2004</b>	<b>245</b>
Ahí vamos	247
Miedo	249
De cine	253
Luis	257

Hacerse el sueco	261
El Honvéd	263
Barrera de coral	269
<i>Così fan Totti</i>	271
Epopeya	273
<i>Alvalade Hot</i>	275
Ay, Portugal, ¿por qué te quiero tanto?	277
«Un siglo de fútbol»	279
Los dioses bailan el sirtaki	283



# Pelota de trapo

(A modo de prólogo)

FUE ANSON. Sí, Luis María Anson, el mejor director de periódicos de la prensa española. A él le debo haber tecleado estos (y otros) renglones deportivos. A través de numerosas charlas y cenas, en presentaciones de libros, estrenos, exposiciones, Luis María sabía de mi pasión futbolera, casi tan grande como la suya. (No he conocido a nadie que sepa más de la Edad de Oro del Athletic —Zarra, Panizo, Gainza, «Bala Roja»...— que el director del «ABC verdadero»; si acaso, se le acerca mi amigo Jaime Ugarte).

Recuerdo que se aproximaba el Mundial de Italia 90. Entonces, que quiere decir antes, ya había garabateado uno (que diría Baroja) bastantes párrafos para el diario de la grapa, como le llamaba Umbral. Columnas sobre cine, libros, cócteles y un par de «Terceras». Luis María me sugirió que escribiera sobre el acontecimiento que mantendría en vilo, durante un mes, a millones de aficionados: la World Cup. Creo que la idea de Anson era que yo pudiera alegrar el periódico con textos que recordaran aquellos de Red Smith, Gay Talese, Jimmy Breslin o Liebling, un imposible. Ni siquiera pude acercarme a las maravillosas crónicas de Antonio Valencia o Manolo Alcántara o, más recientemente, a las formidables reseñas de David Gistau o Alfredo Relaño.



Luis María Anson en una foto de *El Imparcial*.

Lo mío iba a ser —y así resultó— apenas unos renglones llenos de la pasión infantil de los días del Hombre del Marcador, del Marcador Simultáneo Dardo («Colchón Flex»= Gijón-Real Madrid, «Punto Blanco»= Español-

Valencia...), el agua milagrosa, las palmas de tango y el gol del cojo. Palabras bañadas en recuerdos de partidos mañaneros de domingo en los descampados que había junto al Paseo de Ronda, y de «goles regañados» con pelotas de trapo en el Campo de la Vía, que iba desde Doce de Octubre a la Estación del Niño Jesús. [*Pelota de trapo* es una estupenda película de fútbol argentina, filmada por el gran Leopoldo Torre Ríos, padre del también excelente cineasta Leopoldo Torre Nilsson]. Otra cosa que ya se ha olvidado es que si, por ejemplo, el Madrid jugaba fuera, en un campo difícil, la afición comentaba toda la semana que iban al «Huerto del Francés», sinónimo de matadero. Igualmente, se ha perdido en el tiempo aquello de «echar a pies» cuando los capitanes elegían a los jugadores, de mejor a peor, tras el inmortal «monta y cabe».



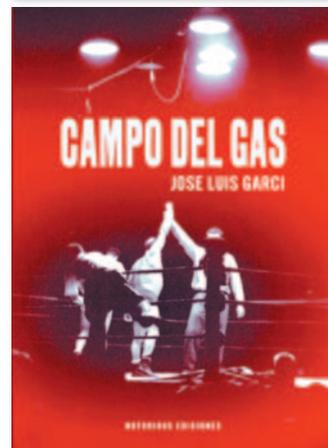
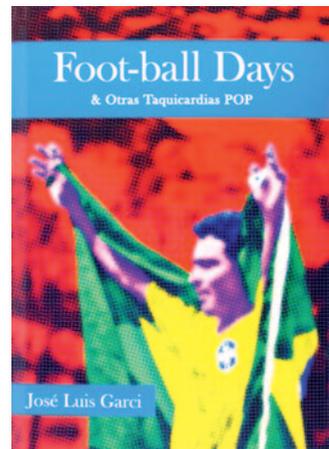
Cartel de *Pelota de trapo* (1948), película argentina de Leopoldo Torres Ríos.

El Mundial *yankee*, 1994, lo cubrí con mi máquina de escribir Olympia a base de docenas de faxes fuera del área. (Con mi «olla express», modelo Mónica, cargó mi querido Michel, un «8» de seda, por todo el país). Nada más llegar al hotel —en Chicago, Boston, Nueva York, Dallas o Los Ángeles—, lo primero que hacía era pedir el número del Fax y averiguar si la cosa funcionaba muy de noche, si había alguien encargado a esas horas. Escribía tres folios cada día, un verdadero infierno para los que no somos profesionales. Me perdí muchas cenas con amigos por tener que quedarme a teclear para pillar la primera edición. Aún así, se extraviaron un par de envíos, concretamente en Washington y Detroit. Pero lo peor me pasó en 1998, Mundial de Francia. Se traspapeló mi última crónica, nada menos que la del encuentro final en Saint-Denis. Me pasé de cuatro a seis de la ma-

drugada, tac, tac, tac, narrando la gran hazaña de los *bleus* y el talento de Zidane. Recuerdo que salí del estadio —con José Ángel de la Casa, Radomir Antic y Jordi Bosch— nada más entregarse la Copa a los campeones, y que llegamos al hotel doscientos minutos después. Más de millón y pico de aficionados habían tomado el centro de París. Aquel ambiente, imaginé, tuvo que ser muy parecido al del término de la II Guerra Mundial, misma alegría, idéntico júbilo. Jamás he vivido un atasco tan grande. Los Campos Elíseos estaban literalmente taponados por miles de automóviles, motocicletas, autocares, bicis y autobuses que hacían sonar sus claxons continuamente, y en muchos de los coches, sobre sus capós, centenares de chicas, medio desnudas, sin sujetador, bailaban y cantaban. Bueno, pues, ya digo, aporreé mi Olympia hasta que amaneció, pero nunca le llegaron mis tres holandesas, llenas de tachones, a los chicos de Deportes de ABC. Aquellas aventuras están narradas en *Foot-ball Days* [Notorius Ediciones], uno de mis libros más queridos junto a *Campo del Gas*, que dediqué a otro sagrado deporte, el boxeo, la «Dulce Ciencia», como lo llamaba Pierce Egan; el «Noble Arte», en nuestra traducción aproximada.

Ahora os pongo en la mano una selección —no la Española, la A, digamos la Sub9— de comentarios que escribí para un par de Campeonatos del Mundo y tres Eurocopas. Además, he añadido varios artículos que dediqué a «nuestra» Olimpiada de Barcelona 92, sin duda una de las mejores celebradas hasta hoy, que también tuve el privilegio de seguir en ABC con mi «máquina del tiempo».

No sabría decir cuándo empecé a tener uso de balón, pero creo que fue muy pronto, de niño. Mi padre me llevaba al fútbol los domingos. Todo un clásico. Por cierto, jamás le oí gritar a don Manuel a ningún jugador, árbitro, linier, entrenador o presidente, y, desde luego,



Cubiertas de *Foot-ball Days* y *Campo del Gas*, ambos libros publicados por Notorius Ediciones.

a himno alguno. Seguí su consejo, y os juro por Sindelar que, en mi ya no corta vida, no he chillado o insultado nunca a nadie en el campo. Mis últimos compañeros de localidad en la tribuna, desde Luis Herrero a Eduardo Torres-Dulce, pueden atestiguar mis silencios *bergmanianos* cuando se producen las broncas.



Carnet de socio del Atleti a nombre de José Luis García y (derecha) el carnet de socio infantil del Real Madrid.

Siento simpatía por el Atleti y el Sporting de Gijón —ambos clubs me han premiado con sus respectivas insignias de oro y brillantes—, pero nunca olvido que fui socio infantil del Madrid. Por eso, dicen de mí, algunos colchoneros, que soy un atlético poco de fiar. Todo lo contrario, mi cariño por el equipo rojiblanco sigue igual que cuando aplaudía a Silva, Aparicio, Escudero, Ben Barek, Peiró, Collar, Griffa, Ufarte, Ramiro, Adelardo o Luis, en aquel Metropolitano de la famosa «Gradona» y los palquitos en la línea de banda pegada a la Tribuna. Mi afecto, decía, mi apego, con un equipo tan misterioso como el Atleti, es inmarcesible, que significa literalmente que no se marchitará. Con todo, me parece que he ido más veces a Chamartín —llamábamos así al Bernabéu— que al Vicente Calderón y los dos Metropolitanos.

Para nada comulgo con esa comunidad de fanáticos que se pelean antes (y después) de ir al estadio. Todos ellos forman parte, aunque no lo saben, del mismo equipo: el Delincuencia Club de Fútbol. Siempre me ha gustado el balompié —uno de los deportes mejor inventados, gran regalo de los ingleses—, pero durante el partido no miro solo a «mis» once jugadores,



Manuel Alcántara (de izquierda a derecha), José Luis Garci y Alfredo Di Stéfano comparten ideas y opiniones sobre fútbol en el programa de televisión *Estudio Estadio*.

sino que trato de fijarme en los veintidós. Ah, y me encanta la eterna regla del *fuera de juego*. (Si balompié suena lejano, imaginaos lo de «guardameta», «medio volante» o «interior de enlace»).

He notado desde hace bastante tiempo —y esto va a hacer que las críticas a estas páginas no sean muy amistosas—, una tremenda falta de objetividad en gran parte de los críticos deportivos, comentaristas de radio y televisión, participantes en tertulias especializadas, etcétera. Como si los periodistas —ellas y ellos—, fueran antes forofos del Barça o el Madrid que profesionales de la información. Hace muchísimas temporadas, digamos en el Antiguo Testamento, los que escribían de fútbol naturalmente que sentían simpatía y cariño

por «sus» equipos, aunque Miguel Ors (rojiblanco), Gilera (merengue), Antonio Valencia (del Zaragoza) o José María Múgica (del Bilbao, como se le llamaba antes al Athletic), eran magníficos informadores, y, más allá de donde tenían el corazoncito, imponían su compromiso con la verdad. En cambio, las mujeres futboleras que en la actualidad comentan todo tipo de incidencias —y que cada día son más, y muy guapas; todas parecen haber superado un rigurosísimo *casting* de belleza—; las chicas que trabajan en la tele, la radio, los periódicos, digo, son mucho más objetivas y neutrales que la chavalería masculina.



Hoy en día —soy un modelo del 44— apenas voy al campo. Ocho o diez partidos entre Liga, Copa de Europa y Copa del Rey; no más. El fútbol a través de la tele —y más todavía el boxeo y el tenis— es una bendición. Asomado al Samsung, es como si estuvieras en el Palco con unos buenos prismáticos. Y el juego duro, o sucio, que siempre ha estado de moda, lo observas por la tele mejor que si estuvieras en el banquillo del entrenador.

Certifico que lo pasé bien escribiendo estos renglones futboleros, a pesar de las prisas. Ojalá os distraigan y entretengan casi tanto como las tandas de penaltis. Y perdón por algunas exageraciones. Aunque recordad que Marinetti decía que un Hispano-Suiza o la locomotora del Shangiái Express, eran más bellos que los templos romanos o la Venus de Milo. También a mí, en ocasiones, el gol de Maradona a los ingleses en México 86, o el de Van Basten en la final de la Eurocopa 88, o el de Roberto Carlos en París en aquella falta con barrera, me parece que podríamos compararlos con la Casa Farnsworth, de Mies, *Mañana de Pascua*, de Caspar Friedrich, o el Segundo Movimiento de la Séptima de Beethoven.

Y, otra vez, Luis María, mil gracias.

J. L. G.

Guadalmina, 1 de septiembre, 2022



Para Manolo Alcántara  
y David Gistau, *in memoriam*







El fútbol hay que jugarlo con la ilusión del niño y la responsabilidad del padre.



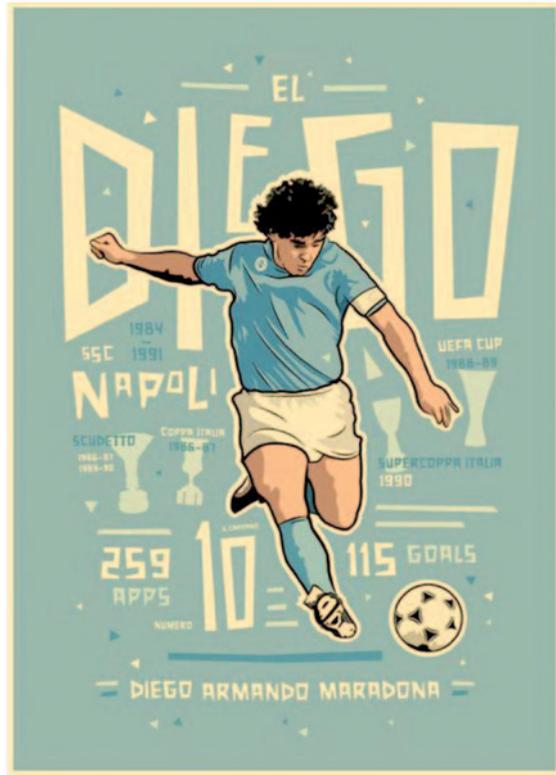


El estadio Ullevi Arena de Gotemburgo, donde se disputó la final de la Eurocopa de Suecia.

# EUROCOPA

## Suecia 92





Póster destinado a ensalzar la carrera futbolística de Diego Armando Maradona.

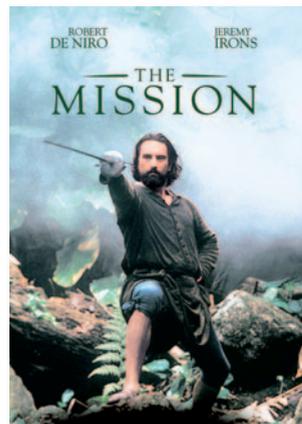
# Una estación llamada fútbol



Ennio Morricone dirigiendo.

HACE CASI DOS AÑOS, ¡ay!, que la música de Morricone —*La misión*— inundaba el Estadio Olímpico de Roma. Matthäus, Buchwald, Kohler y el resto de la banda recibían las medallas que les acreditaban como campeones del mundo, mientras Maradona lloraba. La vieja Vía Apia se había transformado, aquella noche de julio, en un televisor gigantesco que unía buena parte del planeta con las últimas repeticiones, a cámara lenta, de las jugadas más emocionantes. Un segundo después, todo fue recuerdo. Han pasado casi dos años, ¡ay!, y parece que ocurrió anoche. Llega ahora el Europeo vikingo. En mi filmografía hay seis películas más, y en mi riñón, cuatro piedras menos. (Felicidades, Jaime Campmany, por tu artículo de hace unos días sobre el mal de los Papas, el mejor que he leído desde el Mundial de Argentina para acá).

Las copas del mundo futboleras, y los campeonatos europeos, son estaciones que jamás aparecen en el calendario, pero que uno va cumpliendo por dentro, lo cual no está nada mal en esta época tan



Cartel original de *La misión* (1986), de Roland Joffé.

rápida en que ya no tenemos ni siquiera sensación de estaciones. Como siempre que llegan estos eventos, he planificado mi vida para poder ver sin agobios los partidos. Mi trabajo en el montaje de la película, lo he pasado a la mañana. Papin bien vale un madrugón. No solo eso. He cancelado cenas hasta bien entrado el verano. En mi oficina de producción saben perfectamente que no me verán ninguna tarde. Son mis vacaciones. Las únicas que tomo, de dos en dos años. Mantener una tradición así me ha hecho perder amigos y amores, ha provocado disgustos familiares y rencillas de las que no se olvidan. Claro que un remate de Van Basten o, mirando más atrás, una incursión de Pelé, merece cualquier sacrificio. En fin, los frutos secos ya están preparados —nueces, almendras, cacahuetes—, así como las patatas fritas, las anchoas y las aceitunas. En la nevera tengo seis bolsas de hielo que me traje ayer de la gasolinera de Atocha, y en la despensa dos cajas de Coca-Cola, botellas clásicas, nada de botes. Junto al televisor brilla, como un doblón de oro, el ron Havana Club. Lo que no estaba previsto era el jersey, pero dado que estas semanas vamos a movernos por Malmö y Estocolmo, la idea no resulta tan descabellada. Alternaré el cubata con el dry martini, según los choques.

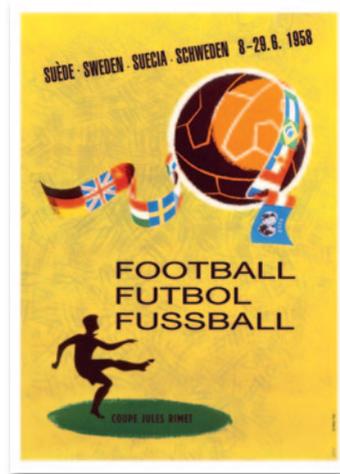


El delantero francés Jean-Pierre Papin y Leo Beenhakker cuando entrenaba al Real Madrid.

¿Quién va a ganar? Holanda. ¿Por qué? Ya no la dirige Beenhakker. En Italia go la condujo Leo (el técnico que peor improvisa en el banquillo), y ya vimos el descalabro. Pero Holanda lo tiene todo. Es el vigente campeón del torneo, además, cuenta con los jóvenes más brillantes de los últimos años: Bergkamp, Bryan Roy, etcétera. Por otro lado, Rinus Michels es todo un carácter, tiene mucha experiencia y es el mejor haciendo los cambios. Alemania, sin Matthäus y con el nuevo mariscal de campo Andreas Moeller, es una incógnita; pero es Alemania. Francia es hoy un conjunto de técnica depurada y de mucha fuerza. Recuerden cuando Francia se enfrentó a España: los de la furia parecían ellos. Servir a



Gilmar dos Santos Neves (de izquierda a derecha) Mário Zagallo y Manuel Francisco dos Santos «Garrincha», tras la victoria de la selección brasileña en el Mundial de 1958.



Papin. Esa es la clave. Nada de sobetear el balón como en los buenos tiempos de Giresse, Tigana y compañía. Recuperar el balón y servírselo a Papin. Adiós a la fantasía, sí, pero bienvenida la verticalidad.

Inglaterra, como siempre, es el clasicismo, la esencia, las diagonales, la presión. Suecia, incómoda. Es un equipo muy rápido, con una defensa algo ingenua; sin embargo, a partir del medio terreno, será peligroso. Juega en casa. La última vez que lo hizo, en el Mundial del 58, llegó a la final. Brasil era entonces invencible. Si Brolin está inspirado, se podría repetir la hazaña. Escocia y Dinamarca, en teoría, parecen los más pobres a la mesa.

En fin, aquí está, en todo su esplendor, la Estación del Fútbol otra vez. Los dioses, en ocasiones, son buenos con nosotros los mortales y consiguen que el tiempo vuele. Ayer por la tarde, en el Parque del Conde de Orgaz, junto a los Estudios EXA, donde trabajo, unas docenas de niños se disponían a subir al autobús que les llevaría a casa. Hacía frío. Mientras el chófer ayudaba a los chavalines a ponerse prendas de abrigo, un rubiajo de cinco años comentó: «¡Jo, otra vez el invierno! ¡Qué rápido ha pasado este verano!». Para que luego digan que los niños no saben lo que es el tiempo.



Parecidos razonables:  
Jean-Pierre Papin con  
la camiseta de la selección  
francesa en México 68  
y Harpo Marx.



MG74636

# Harpo vs. Bergman

PAPIN, QUE ME RECUERDA a uno de los hermano Marx, estuvo todo el partido sin decir palabra. Hasta que se fue detrás del balón con la misma fe que Harpo corría detrás de las rubias y forró de cuero el interior de la portería sueca. Ahí empezó y terminó el primer partido de Francia en esta Eurocopa. Los suecos, en cambio, interpretaron durante los 90 minutos un juego tan sólido e «íntimo» que parecía de Bergman; incluso a veces resultaba tan incomprensible como *Persona*.

Lo primero que les comieron los suecos a los franceses fue la salsa, que la aplican al fútbol con el mismo sentido indiscriminado que a las comedias: «Esto entra como sea». Los de casa pusieron la carne y la aderezaron con lo que tenían a mano, que ciertamente no era mucho. Lo

segundo que les comieron fue la moral. Insistía José Ángel de la Casa con que Angloma es rapidísimo, capaz de hacer los cien metros en  $\pi$  segundos; bueno, pues ahí que se iba con él el sueco Limpar, levantando el polvillo de la línea, y se tragaba el sorprendido Angloma, como el coyote tras el correcaminos. Luego estaba lo otro, y es que Ingesson, créelo, miraba a su marcador, Amoros, por encima del hombro. Kenneth Andersson, el delantero centro, es tan largo y poderoso como el brazo de la justicia. Y así estaba la



Cartel de *Persona* (1966), de Ingmar Bergman.

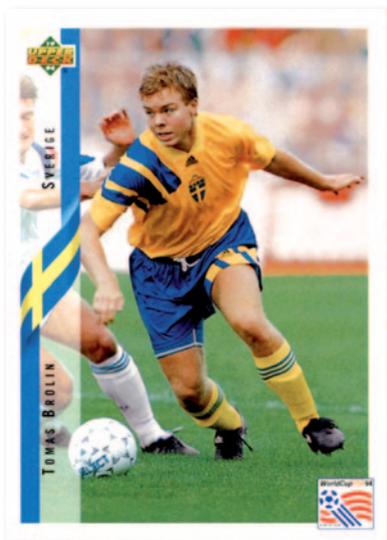
defensa gala, mirando hacia arriba, a ver si caía algo, cuando, de repente, surgió el testarazo de Erickson para hacer el primer gol de esta Eurocopa. Impresionante. Martini, el portero, se quedó seco, y tan blanco... que se le hubiera podido echar una aceituna.

Lo que se ha visto en el partido inaugural son dos tipos de fútbol: el de Francia, que no salía, y el de Suecia, que no entraba, aunque a punto estuvieron los gigantes del Norte de cambiarle por segunda vez el color a

Martini. Del blanco al rojo Cinzano, pues en un par de ocasiones el balón anduvo recorriendo peligrosamente la línea Maginot, de Blanc, Boli y el resto de la banda. Y mientras, Papin tocaba el arpa muy cerca del portero sueco, que se llama Ravelli, como otro de los hermanos Marx, el del piano.

Ya lo comentaba ayer: servir a Papin, esa es la clave. Uno de esos balones sueltos, medio distraídos, casi tontos, que cualquier delantero provoca una jugada de córner, o jugada de ¡uy!, Papin lo convierte en un empate. Papin, como el mudo de los hermanos Marx, las mata callando. Y ayer también quedó algo en evidencia Brolin, el goleador sueco, que se equivocó de obra. Daba la impresión de que interpretaba nada menos que a Ibsen.

Suecia demostró que puede ganar a cualquiera con un poco de suerte, y Francia, sin ella, puede no ganar a nadie. A los despistados, por cierto, nos ha venido muy bien leer los nombres en las espaldas de los jugadores. Ya no hay que esperar a la repetición para aclararse de quién es el tipo lesionado sobre el «esplendor de la hierba».



Cromo de Tomas Brolin durante la Copa del Mundo de 1994 celebrada en USA.

# Fútbol *light*

NO RECUERDO una selección inglesa más desabrida. David Platt, por el que ha pagado «la» Juventus mil quinientos millones, ha pasado inadvertido. Tanto, que en la segunda mitad Graham Taylor ha decidido darle la antorcha a Palmer para intentar poner un poco de orden y, sobre todo, para que alguien correteara con tino por el medio campo. Palmer parece un corredor de 800 metros, es un volante tosco, sin chispa, pero, bueno, el hombre al menos lo ha intentado. Cualquier cosa mejor que «Platty». Un «Platty» que, cuando se retrasaba diez metros para buscar vía a sus famosas incursiones, lograba que los daneses respiraran llenos de felicidad e, incluso, que algunos centrocampistas sonrieran. Jamás Walker se ha paseado con más lentitud por su área, jamás le he visto menos atento. Pero es que Lineker no ha rematado ni una vez, y Tony Daley, el niño de oro del Aston Villa, apenas nos ha descubierto que es rapidito y chuta con buen estilo. ¡Qué desilusión!

Los daneses estaban con sobrepeso. El portero parecía un campeón de los semipesados, de esos que abandonan con frecuencia el gimnasio. Los daneses se encontraban de vacaciones cuando les pilló la llamada de la

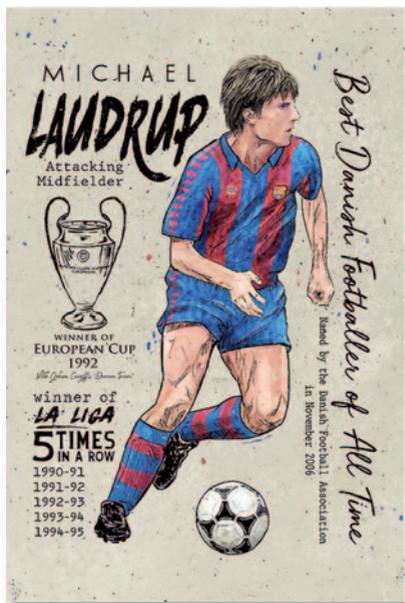


David Platt, un héroe de la prensa deportiva británica.

UEFA. Esta Dinamarca es una caricatura de aquella otra del Europeo 84 y del Mundial 88. La Dinamarca que goleó Butragueño era una selección rápida, fuerte, imaginativa, con varios jugadores geniales, como Morten Olsen. Hay tanta distancia entre las selecciones del pasado inmediato con

esta como entre un Laudrup y otro. El Laudrup bueno, el del Barcelona, claro, no ha querido tomar parte en el desastre actual, y se comprende. Aún así, Dinamarca ha merecido ganar a Inglaterra. Lo repito. Y con algo de suerte lo habría conseguido. Visto ya este primer grupo, no parece muy arriesgado aventurar que dos acciones de Papin pueden llevar a Francia a la final. Ya sabemos que en los primeros compases de una competición como esta se juega siempre a no perder y que un empate resulta un premio tan grande como aquel diamante de Scott Fitzgerald. Pero, en fin, partidos como el que acabamos de ver hacen tambalearse la pasión de los más optimistas.

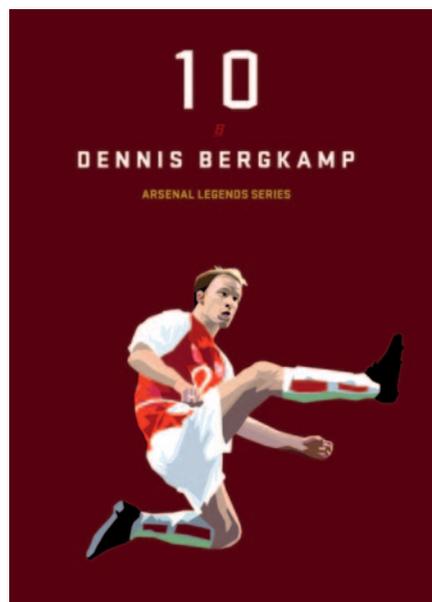
Total, quizá la peor Inglaterra desde la Segunda Guerra Mundial para acá y unos daneses nada presionados (eso es bueno), pues se hallaban de vacaciones, y lo que hagan bien hecho está. Por cierto, nadie, absolutamente nadie, fuma en las gradas. Me he entretenido buscando un cigarrillo encendido en el estadio, un mixto llameante. Nada. Prefiero un fútbol para fumadores, alto en nicotina, sin filtro.



Póster del ausente Michael Laudrup, vestido con la equipación del Barça.

# La leyenda de la banda izquierda

**H**OLANDA HA OBTENIDO la única victoria, hasta el momento, en este Europeo que aún calienta motores —no seamos impacientes—, con buen juego, a ráfagas, ante un equipo escocés que se ha entregado a fondo con humildad de la buena. Cuando Gullit, que vuelve a estar en forma, Van Basten y Bergkamp tocaban la pelota, Escocia tenía que multiplicarse para hacer frente a una máquina bien engrasada, menos brillante que en el pasado, pero todavía peligrosa. En cambio, cuando el equipo de Michels se empeñaba en colgar balones sobre el área azul, no había nada que hacer. Es prácticamente imposible hacerles un gol de cabeza a los «Macs» (Pherson, Fimmie, Allister, Clair...), pues todos son como Santillana y Quini. Holanda ha vencido porque ha buscado la puerta contraria, porque tiene oficio y porque es mejor. Tras el gol de Bergkamp, Escocia no supo —o no pudo— reaccionar. Se descompuso al tener que atacar. Tras una hora de pelea defensiva había puesto plomo en las piernas y en el corazón de los MacPherson y Mac Allister, justo en ese instante en que se necesita tener las ideas más claras. Holanda se perfila como favorito.



Dennis Bergkamp, leyenda del Arsenal.

Rusos y alemanes han ofrecido un primer tiempo decepcionante y, sí, de acuerdo, una segunda mitad llena de pasión. La legendaria poca fortuna de la ex-URSS en la alta competición —incluidos los tremendos robos arbitrales que ha padecido—, se ha visto hoy recompensada con ese puntito



El jugador alemán Thomas Haessler.

con un valor de dieciocho quilates. Un solo disparo a portería (de penalti), y gol. Los campeones del mundo se fueron creciendo según avanzaba el partido. Pero creo que lo más importante para Vogts, es que ha recuperado para la causa al mejor Haessler, al mejor Moeller (con su entrada, el ritmo enloqueció) y al mejor Brehme. Haessler ha jugado y peleado ante los rusos más que lo ha hecho en «la» Roma durante toda la temporada. Su gol ha sido fantástico. Moeller ha demostrado que tiene, si no el talento y la energía de Matthäus, sí su misma disciplina y sacrificio. Brehme, otra vez, ha roto un equipo bastante bien ordenado. Y también Brehme ha luchado y brillado esta tarde más que en todo el año con el Inter. Ha vuelto a recordar aquella mítica banda izquierda alemana, toda una leyenda. Primero, Breitner, luego Brueghel, ahora Brehme. Quien fue, sin duda, el mejor futbolista del Mundial de Italia,

dicen que podría ser el gran fichaje del Sevilla para la próxima temporada.

Los últimos quince minutos de Alemania han sido los de un campeón que jamás se rinde. Su fe, su entrega, su olfato para la sangre, la defensa que hacen de los colores de su país, no nos engañemos, no la tiene ninguna otra selección. Alemania puede no estar bien, pero siempre es —y será— Alemania. Un ejemplo continuo.

# Teoría de la Creatividad

LA IMAGEN DE ESTE EUROPEO, hasta ahora, es Jean-Pierre Papin alzando los brazos, feliz, sonriente, tras el empate a cero «conquistado» por su equipo ante Inglaterra.

El Mundial de Italia 90 lo asocio a las lágrimas de Paul Gascoigne cuando el árbitro le mostró a «Gazza» una excesiva tarjeta amarilla que le impediría jugar el próximo encuentro. México 86 siempre será Maradona driblando media docena de jugadores ingleses que le miraban asombrados, admirando su talento, camino de uno de los dos o tres mejores goles de la Historia.

Las actitudes, aunque tan distintas, de estos magníficos futbolistas resumen muy bien la evolución de un deporte que antes fue hermoso, emocionante, lleno de magia, y que ahora es apenas una ecuación de fuerza y resistencia.

Nadie duda de la entrega de unos hombres cada vez mejor preparados física y técnicamente, de su continuo sacrificio, de su disciplina táctica, de la velocidad con que se mueven. Cualquier jugador que gambetea por los cuidados estadios suecos conoce perfectamente la distancia entre líneas (que cada semana se ensanchan más) y el valor de los relevos.



Diego Armando Maradona en México 86.

Todo eso está muy bien, como el *pressing*, la presión de toda la vida que, por cierto, ya comienza ante el portero rival. Lo que no es verdad es que Inglaterra plantea sus partidos con tres delanteros. No. Ocurre que sus tres hombres más en punta son los encargados de controlar a la defensa del rival. No es lo mismo. Se trata, pues, de delanteros «marcadores» y no de puntas incisivos cuya meta es el gol.

A Osasuna lo he visto este año jugar exactamente igual (de bien y de mal) que a Inglaterra, Escocia o Francia. La Real Sociedad y el Athletic de Bilbao de los primeros años ochenta se movían infinitamente mejor que Suecia, Dinamarca o Rusolandia. A mí no me gusta ese fútbol. Lo respeto, admiro su entrega y honestidad, pero no me conmueve.

Bloques. Son bloques donde nadie destaca, bloques, además, que no saben ejecutar el «acordeón» de los viejos tiempos. Bloques a los que es muy difícil hacerles goles, de acuerdo, pero que ellos tampoco apenas marcan. Bloques obsesionados con la recuperación del balón, pero bloques que lo pierden continuamente, sobre todo cuando intentan un pase arriesgado. Todavía no he visto en este Europeo un equipo dispuesto a jugar al fútbol, a reivindicar la Teoría de la Creatividad, esa que persigue Jorge Valdano, esa que domina Cruyff, esa que ejecuta, partido a partido, el Milan.

La Teoría de la Creatividad ofrece un fútbol donde los jugadores con talento ofrecen talento y, algo más importante, alegría de jugar. Donde las jugadas a balón parado solo serían una consecuencia más del espectáculo y no, como ahora, la sal de la yerba. Donde la velocidad individual primaría sobre la velocidad del conjunto, como en el fútbol americano.

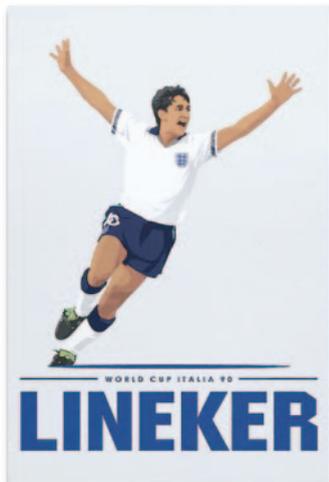
La Teoría de la Creatividad fue la que utilizaron Hungría, primeros 50', Brasil (en Suecia'58 y México'70), el Real Madrid de su década de oro (1955-66, la de Di Stéfano), el Ajax de Cruyff, el último Milan, el último Barcelona, equipos que corrieron, presionaron, recuperaron todos los balones y defendieron como el que más; y que, cumplida la misión dura, con el balón ya en su poder, se dedicaban a jugar al fútbol, en corto y en largo, por las bandas y por el centro, con imaginación de la buena, inventando para la afición alegrías nuevas. Además de amar el fútbol, aquellos conjuntos consiguieron transmitirnos su amor al resto de la tribu.

# Un gol de campeonato

POCO ANTES de las seis de la tarde —una tarde soleada, tibia, veraniega, al fin— abandono mi trabajo en el montaje del documental que estoy haciendo sobre la película *Casablanca*. Lo dejo, primero, porque estoy cansado de pelearme con Rick Blaine e Ilsa Lund desde las diez de la mañana; y en segundo lugar, porque hoy es el cumpleaños de mi querido *film editor* Miguel Sinde, cuarenta y cuatro. Aprovecho que los Estudios EXA están muy cerca de ABC, y como no conozco el nuevo edificio y tengo tiempo —eso pensaba— hasta la hora del partido, me acerco a echar un vistazo a la nueva Redacción (tras sortear un sistema de seguridad que ya quisiera la FIFA para sus encuentros de alto riesgo), y aprovecho para parlotear con vieja pasión futbolística con Julio Carlos Diez, Ignacio Torrijos y demás muchachos de Deportes (y de los que únicamente tenía noticia a través del fax nocturno que enviaba desde Estados Unidos durante el Mundial de Italia) y no dejo pasar la ocasión de chismorrear, con la famosa vehemencia cinéfila, con mi amigo Oti (Rodríguez Marchante), Galindo, Pepe Arenas y el resto del club de Espectáculos. A eso de las siete, salía del periódico, que es tan moderno y estiloso como el *New York Times*, pero con un patio andaluz que ya quisieran los plumillas de Times Square.

El trayecto por la M-30, a la altura de la plaza de toros de las Ventas, se complica. Las siete y media. A las ocho, alcanzo la glorieta de Mariano de Cavia. A las ocho y diez, ya a la puerta de casa, el taxista me cuenta lo de siempre: que no tiene cambio. Busco en la primera chaqueta que en-

cuentro —y no mía, por cierto—, salgo, le pago y le pido un ticket. El taxista se ha olvidado el bloc de las facturas. Es igual. El estadio de Rasunda aparece en mi televisor —el terreno en magníficas condiciones, algo estrecho, no tanto como el del Rayo, en fin, todo un clásico— justo cuando



Gary Lineker.

Lineker centra, desde la derecha, a media altura, y Platt, en semifallo, marca. Minuto tres. Me prometo no ir nunca más a *ABC* en días de partido.

Por primera vez, que ya iba siendo hora, me ha salido algún vaticinio. La peor selección inglesa desde la II Guerra Mundial para acá, escribí en uno de estos renglones; la decepción se llama Francia, titulé otra de estas notas. Los ingleses han salido con fuerza y ganas, pero Suecia no retrocede un milímetro. Se pelea sin respiro. José Ángel de la Casa, que narra el partido por la tele, sobrio, preciso, lleno de conocimientos, como en él es habitual, dice que el fútbol se ha ido transformando en una pelea a lo largo de todo el terreno de juego. Tiene razón. Se lucha en cualquier ángulo, en cualquier franja, a campo abierto, por arriba y por abajo. Se salta más que nunca, se disputan numerosos balones aéreos. Suecia, con un Brolin extraordinario, incansablemente, tercamente, poco a poco va minando al equipo británico. El árbitro portugués les roba a los amarillos dos claros penaltis. Es igual. Hoy Suecia casi parece la escuadra del 58, la de Hamrin, Liedholm, Skoglund, etcétera, la mejor selección de su historia. Juegan con fe, con clase, con velocidad, y, sobre todo, con corazón. Su segundo gol puede ser el del Campeonato. Seis toques en profundidad sin que los ingleses hayan podido evitarlo. Fantástico. Merecen ser los primeros de grupo.

Y ahora, a esperar el Holanda-Alemania que, mira por dónde, se ha transformado, para ambas selecciones, en una final. En la final. Se les terminó lo de pelotear a medio gas a Gullit y compañía. Seguro que en la Final del día 26, si es que llegan a ella, ninguno de los dos equipos tendrá tanta presión como en esta. (Por cierto, ahora a las Finales se les llama Finalísimas).

# La primera final

LO CONSEGUIMOS. Un Europeo con dos finales. Porque el partido disputado ayer, entre el campeón del mundo (Alemania) y el campeón de Europa (Holanda), ha sido, como esperábamos, una verdadera final.

Una sensación de intensidad nació ya desde el primer minuto. En el tercero, Holanda se puso en ventaja. Una falta, magistralmente sacada por Koeman, la cabecea Rijkaard ante una defensa alemana que se quedó clavada. La fría mirada de Rinus Michels —sus ojos son como dos cubitos de hielo azul— parece conocer la clave del enigma de los grandes partidos. Juego rápido, elástico, de altísima calidad técnica, apoyos continuos, pases en profundidad, continuos movimientos sin balón. También es verdad que Alemania se ha tragado el gol igual que Foreman los derechazos de Holyfield: sin pestañear, sin retroceder. A los quince minutos, Koeman vuelve a sacar otra falta, con eso que antes se definía como «picardía latina», y descoloca a la barrera. Witschge, dispara, e Illgner —tapado— se tira con un segundo retraso y el balón entra literalmente lamiendo el palo, a ras de suelo. Alemania está *groggy*, pero se levanta a la cuenta de nueve. Van Tiggelen, Rijkaard y, sobre todo Wouters, entran (vamos con un tópico) como el cuchillo en la mantequilla por el medio campo alemán.

Holanda es una sinfonía de un fútbol mágico y moderno; toca el balón en corto con la precisión del mejor Brasil, y profundiza en desplazamientos largos como aquel Real Madrid de Alfredo, Puskas y Gento. El remate de volea de Van Basten al larguero es antológico, a la altura de aquel otro

suyo que supuso el gol más bello de la anterior Eurocopa, ¿os acordáis?, en la final ante la URSS. El graderío vestido de naranja entona la Marcha Triunfal de *Aida*. Y da la impresión de que la música de Verdi anima aún más a Gullit y Bergkamp en su acoso al área germana. Por cada buena parada de Van Breukelen, Illgner tiene que hacer tres. Así están las cosas. Y es justo proclamar que sin el excepcional trabajo que han realizado Haessler, Moeller y Brehme, los muchachos de Berti Bogts se habrían ido al descanso con tres o cuatro goles.

Pero Alemania es Alemania, y a pesar de saberse clasificada para las semifinales, fuerza su maquinaria al máximo. Logra que Holanda retroceda veinte metros. Se produce entonces el famoso cambio de golpes, ese que



Jürgen Klinsmann jugando con la selección de Alemania.

odian los entrenadores y nos entusiasma a los aficionados. Klinsmann, a la salida de un córner, marca de cabeza. (Tercer gol que nace de jugada a balón parado). Sin embargo, la fría Holanda no se descompone. Ni siquiera cuando el balón rebota en el travesaño de Van Breukelen en un mal despeje de Rijkaard presionado por Klinsmann. Holanda, cambia de sistema. Ahora pelea de contra. Asistimos a un espectáculo lleno de emoción, de fe, de depuradísima técnica, de entrega máxima, de inteligencia y amor a unas camisetas. Bergkamp, con un soberbio remate de cabeza (sobre tres contrarios), precedido de una extraordinaria escapada de Winter, pone, finalmente, K.O. a los últimos campeones

del mundo. Lección de fútbol. Un diez para todos.

Desmarques hacia adelante, energía creadora, mínima retención de la pelota, juego abierto, sacrificio personal. La selección de Alemania ha perdido batiéndose con valentía, *à bout de souffle*, ante un equipo superior, cuya mayor virtud, yo diría que es la serenidad. Esa que nace en la mirada de hielo azul egipcio de Rinus Michels. Ojalá se repita el partido la próxima semana. En la segunda final.

# Amanecer

AQUÍ ESTOY, a las tres y pico de la madrugada del sábado, aunque para mí sigue siendo la noche del viernes, con el Canal Plus alumbrando el salón de mi casa y echando un vistazo al «Abierto» de Estados Unidos. Gil Morgan va en cabeza con menos nueve, y, bueno, me hallo a la espera de que aparezcan en el Caesar Palace de Las Vegas Holyfield y Larry. Voy por el segundo cubalibre de Beefeater. No termino de cogerle el punto al golf. Me gustan las gorras de los jugadores, sus jerseys, las pelotas, sobre todo las rojas, y la sonrisa de sandía de Andy Dillard que, justo ahora, acaba de meter una bola increíble. Pero de ahí no paso.

Se ha levantado un viento que parece llegar directamente del país de octubre. Mientras cierro las ventanas, Nacho Lewin anuncia que el combate por el título de los pesados se retrasa treinta minutos. Ya será una hora, pienso yo. Total, que aprovecho y meto un folio en la máquina y comienzo a redactar estos renglones sobre el Europeo de fútbol.

Todavía sigo entusiasmado por el partido entre Holanda y Alemania. El planteamiento táctico de Michels fue perfecto. El juego del equipo naranja rebosó imaginación y rapidez, única manera conocida para vencer el fútbol macizo, vibrante, atlético e ilusionado de los alemanes. Se nota mucho la ausencia de Matthäus ordenando y peleando en el medio terreno, me refiero al Matthäus de hace un par de temporadas. Esta selección germana unificada del 92 está falta de recursos individuales. Hassler, creo

que su mejor hombre, lucha cuanto puede, su dominio sobre la banda derecha es asombroso, pero, y perdón por la frasecita, es una especie de neo-realismo alemán, una rara mezcla de disciplina y fantasía.

Elasticidad contra potencia, eso fue también el choque entre la gente de Rinus y Bert. Holanda siempre buscó la puerta contraria con un fútbol de ataque colectivo, que nacía en Koeman —cumple la misma función que en el Barcelona—, se desarrollaba en Rijkaard y tenía su culminación en tres o cuatro fenómenos. El gran problema de Vogts era ese, que tenía muchos rivales a quienes marcar. Por ejemplo, Bergkamp, el delantero del Ajax que apunta a genio, un jugador polivalente de verdad, cerebro en el medio campo contrario y, además, goleador nato, me recuerda a Tostão, igual de incisivo, igual de técnico. Por si fuera poco, a pesar de sus estrellas, Holanda no salió nada confiada. El gran acierto fue Rijkaard. Primero, taponó la cañería central de Alemania, y después, cerró su área ante cualquier intento de penetración del enemigo. Desde ambas posiciones, Rijkaard colocó a sus compañeros de tal forma que nunca dejaban espacios vacíos.

Ahora algo a favor a Alemania. Los grandes equipos siempre demuestran que lo son, entre otras cosas, porque realizan segundos tiempos magníficos. Alemania salió a jugar en el minuto cuarenta y seis como si empezara un nuevo partido. El pasado no existe. Se trata de ganar ese nuevo encuentro. Berti Vogts quitó a Binz, el libre, retrasó a Helmer, tampoco mucho, y metió en el centro del campo a Matthias Sammer, el nuevo fichaje del Inter, la antorcha del Stuttgart campeón. El resultado fueron veinte minutos de un fútbol nuevo, desconocido por aficionados y técnicos, un vértigo donde podía suceder cualquier cosa.

Si se produce la segunda pelea —y doy por hecho que Holanda ganará a Dinamarca y Alemania, hum, no sé, lo va a tener muy difícil contra Suecia—, si se repite la historia, insisto, apuesto a que Moeller, Brehme y compañía no saldrán nada acomplejados ante un equipo tan poderoso y sincronizado como el de Michels, una maravilla de elegancia y clase, que juega sin balón, lo más difícil, porque eso exige a quienes lo intentan sacrificio total, velocidad (física y de ideas) y máxima concentración. Marcaje por zonas y marcaje al hombre, según, y profundidad, es decir, llegar a la zona de disparo en las mejores condiciones, y no con un solo jugador (que



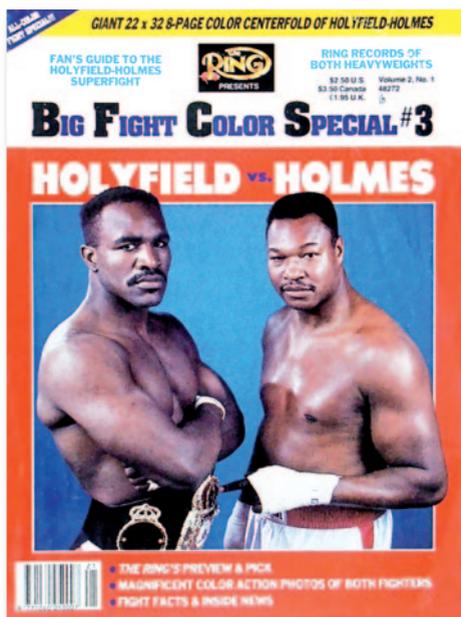
El alemán Effenberg salta sobre Van Basten durante el encuentro en el que los germanos se impusieron por 3-1.

es lo que vemos en España), sino con varios. En fin, el gran fútbol de siempre, el que siempre estará más allá de las modas.

Dejo de escribir y me dispongo a asistir a uno de esos combates en que se enfrentan más dos épocas que dos estilos del boxeo. Esta mañana he hablado con mi hermano Manolo Alcántara, el mejor escritor de periódicos —o «en» periódicos, que dirían Baroja y César— que tenemos. La idea era que hubiéramos visto juntos la velada de Las Vegas, pero Manolo se iba a Cudillero, ese pueblecito asturiano que parece un cuadro impresionista. Le pedí su pronóstico: «Mmm, está difícil. Larry es un catadrático,

en plenitud, es casi como Clay, aquel Clay antes de Alí; y Holyfield no acaba de explotar, se traga demasiado castigo». Veremos si el maestro Alcántara (ya hubiera querido Nat Fleischer tener la sabiduría de Manolo; ni siquiera Liebling o Joyce Carol Oates escriben la mitad de bien que Manolo) acierta o no. [Gana Holyfield a los puntos, aunque para mí ha sido un combate nulo. Extraordinaria pelea. Los dos primeros asaltos de Larry Holmes han igualado al gran Clay].

Mientras anohecía en Las Vegas ha ido amaneciendo en Madrid. Voy a poner el fax y a tomarme un descafeinado con galletas Chiquilín de Artiach; después, voy a dormir hasta que no pueda más. Antes, dejaré que el libro que estoy leyendo —*La educación sentimental*, de Julián Marías, felicidades, don Julián, es una joya— resbale suavemente entre mis dedos. Espero dormir con esa sensación de que todo está bien, en su sitio, como cuando, hace unos meses, terminaba de filmar por las noches en Gijón, hace un millón de años.



Publicación especial dedicada a glosar un combate entre Evander Holyfield y Larry Holmes.